

Irreverencia y resignación

Jorge Ibargüengoitia,
crítico teatral



Francisco Mercado Noyola



“EL ARTE ES A LA VIDA ANIMAL lo que la locura es a la inteligencia”, nos dice Jorge Ibargüengoitia en su artículo “El grupo de teatro de vanguardia en la esfera”, el cual forma parte de la antología *El libro de oro del teatro mexicano*. El ingenioso maquinador de Cuévano nos deleita con su exquisita mordacidad en este texto fundamental para quien desea conocer un panorama general de las condiciones de producción y puesta en escena del teatro nacional durante el primer lustro de los años sesenta del pasado siglo. Los desencantos curten y pergeñan el espíritu desengañado de quienes, con el paso del tiempo y los sinsabores, se conciben a sí mismos “más viejos, más sabios y más tristes”. La inexorable madurez llega a los grandes ingenios poniendo cabellos grises en sus sienes y tonos socarrones en sus resignadas posturas ante lo irremediable de la vida. El implacable ironista de *Los pasos de López* y *Los relámpagos de agosto*, aquel que hace mofa y pone en tela de juicio las sacrosantas verdades de los textos oficiales de la Historia nacional, dio cierre a un ciclo de su vida estética con una serie de artículos en los cuales no dejó títere con cabeza en la escena del teatro mexicano de la que él mismo fue desterrado paulatinamente. Con la misma acritud jocoseria con que Ibargüengoitia narró episodios de su vida y enseñó a sus lectores que según *La ley de Herodes* o te chingas o te jodes, degradó al panteón de los héroes patrios hasta lo grotesco, narró historias de seductores sexagenarios cuyos fracasos donjuanescos eran “más numerosos que las arenas del mar”, contó la historia de miembros de

la burocracia intelectual que se enredaban en pleitos familiares en los que perdían herencias millonarias y nos dio instrucciones para vivir en el país más surrealista del orbe, también llevó a cabo la radiografía cultural del medio artístico que le fue más ingrato durante su carrera literaria, el teatro de nuestro país. Después de numerosas becas y algunos éxitos medianos en el ámbito de la dramaturgia nacional, el guanajuatense comenzó a sufrir el gradual rechazo de los jerarcas e instituciones que promovían el teatro en la época en que Jorge incursionó en el medio de las artes escénicas. De manera que la misma sátira lúcida y beligerante, ingeniosa y mordaz, festiva y desencantada, iconoclasta e irreverente que puso en práctica en su narrativa la llevó al ámbito de lo que Luis Mario Moncada, el prologuista, llama sus “memorias críticas”. La amenísima lectura de *El libro de oro del teatro mexicano* hace pensar que muy probablemente ya se hallaba inoculado, tanto en su obra dramática como en sus opiniones plenas de “arbitrariedad, ingenio y frivolidad graciosa” —como fueron calificados sus artículos por el joven Carlos Monsiváis—, el germen del subjetivismo, agudeza y humor corrosivo que caracterizaron su narrativa y su ensayo.

En la lectura de esta antología de textos periodísticos, publicados entre 1961 y 1964 en la *Revista de la Universidad*, desfilan sin el mínimo tedio ni solemnidad las buenas intenciones y fracasos de las políticas culturales, verbigracia los esfuerzos del Instituto Mexicano del Seguro Social como máximo impulsor gubernamental del teatro en la década de los sesenta. El crítico manifiesta su entusiasmo por el teatro universitario de vanguardia liderado por Ale-



Jorge Ibarguengoitia
El libro de oro del teatro mexicano
 México, Ediciones El Milagro / Universidad
 Autónoma Metropolitana, 2011, 182 pp.

jandro Jodorowski, donde lamentablemente, ante un público *snob* se trataba de violentar a los filisteos en su absoluta ausencia. Realiza también Ibarguengoitia la acerba crítica de dramaturgos encumbrados de la época; como Luis G. Basurto, autor de dramas moralizantes como *Miércoles de ceniza* y *El escándalo de la verdad* que edificaban las almas del gran público burgués, reconociendo que el éxito de Basurto se debía a su energía incansable y a su capacidad de explotar recursos efectistas con notable destreza. Asimismo, criticó las obras de Wilberto Cantón, autor de dramas históricos cuya solemnidad y enfoque tendencioso seguramente chocaban contra la natural irreverencia con que Jorge concebía la Historia nacional. Su perspectiva y tratamiento de los avatares de Clío en México estuvieron imbuidos de una búsqueda obsesiva de la verdad y de las pulsiones tragicómicas —totalmente contrarias a la



Fotografías: cortesía Primera Obscena Teatro / Viridiana Flores

solemnidad risible de los discursos oficiales—, impresas en los actos de los protagonistas de la vida pública de nuestro país. De modo que su humor cáustico hizo presa de las interpretaciones grandilocuentes y políticamente correctas de los dramaturgos del *mainstream*.

En cuanto al inagotable venero temático de nuestro carácter nacional, en el Teatro Lírico, Jorge ejerció una suerte de costumbrismo decimonónico en pleno siglo xx, exaltando y denostando a una vez, cual *Fortún* o *Fidel* los *witticisms* y las miserias intelectuales del *populus*, con su irrenunciable predilección por el *sketch* político, el albur y la exuberancia de las rumberas, a varias de las cuales el cuevanense reconoció como su ideal de la belleza femenina. A la ópera realizada en México por mexicanos la consideró simplemente ininteligible, sus temas confusos y sus puestas en escena deficientes. Satirizó y cuestionó los esfuerzos de algunas instituciones culturales, tanto en la capital como en la provincia, por promover el teatro como actividad “positiva” por ser de “gente culta” con obras actuadas por jóvenes que representaban acciones que habrían realizado durante su rutina cotidiana “con el permiso de su mamá”, causando el comprensible sopor del respetable. El teatro, para Ibargüengoitia, era una actividad notablemente más natural que el

cumplimiento de un deber cívico. De ahí que también disertara en estos artículos sobre la educación humanística superior, con sus criterios didácticos, clasificatorios, reduccionistas y perentorios, los cuales forjan “opinadores” improvisados —con pretensiones académicas— de obras y fenómenos culturales que ni siquiera conocen.

Entre los numerosos desaciertos y mediocridades originados por las características de nuestros espacios teatrales, escenógrafos, actores y diseñadores de vestuario, el guanajuatense también señaló la pedantería, ambigüedad y flojedad de los textos dramáticos de figuras consagradas de la literatura nacional, como el mismo Alfonso Reyes, cuyo personaje Landrú, inspirado en un real asesino vividor de las mujeres, puede ser confundido —por sus parlamentos— “con el director del Colegio de México”. “El arte es a la vida animal lo que la locura a la inteligencia”. Coincidimos. La catarsis orgánica del arte sólo puede ser llevada a cabo por quien comprende la insania irreductible de la vida. Jorge Ibargüengoitia, el crítico teatral, fue uno de estos seres, tan miserables como afortunados. *El libro de oro del teatro mexicano* se ofrece a la inteligencia aguda de un lector capaz de hacerlo tan memorable como toda la narrativa ibargüengoitiana. ▀